

## LA SOMBRA DE HORACIO, DE ANTONIO PRIETO

FRANCISCO JOSÉ MONTALBÁN RODRÍGUEZ

Para abordar la presentación de *La sombra de Horacio*<sup>1</sup> lo que intentaremos hacer, desde el cariño y la admiración a Antonio Prieto, es dar un paseo por los títulos de toda su narrativa para comprobar cómo describen perfectamente la forma de ser y de pensar hecha literatura de este ilustre novelista. Lo que puede parecer, a menudo, un trance sin importancia, o simplemente un broche dorado a una laboriosa tarea creativa de meses o de años, esto es, poner un título a la criatura recién alumbrada, nos da las claves, quizá desde lo más profundo del subconsciente, acerca del sentido último de un estilo y la búsqueda de la esencia a través de la palabra.

Veamos, pues, en qué consiste este divertimento.

Antonio Prieto era un joven estudiante de Medicina que escribía y frecuentaba los cafés más castizos del Madrid estudiantil de la década de los 50 del siglo pasado y al salir de la tertulia con los amigos volvía a encerrarse en la pensión con los tratados de Patología y Anatomía, se asomaba a la ventana de aquella habitación compartida y decía para sí *Buenas noches, Argüelles*. Se estaba fraguando entonces una obra intensa, llena de un exotismo palpable en la que anhelaba que los protagonistas dejasen *Tres pisadas de hombre* sobre el suelo de la selva amazónica.

Este acierto argumental y de estilo propició que Planeta le premiase en el año 1955 adoptándolo para siempre como uno de los pilares de la editorial. Poco después, la conciencia de la enfermedad adquirida por sus estudios de Medicina provocó que Prieto compusiese esa maravillosa *Elegía por una esperanza*, un reflexivo y existencial paseo por la juventud quebrantada cuando el amor empieza a luchar para aplazar un ineludible *Encuentro con Ilitia*, la Parca implacable.

---

<sup>1</sup> Antonio Prieto, *La sombra de Horacio*, Carta al Autor de Francisca Moya del Baño, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2009. Texto leído en la presentación de este libro, en Murcia, el 30 de marzo de 2009.

Pero al fin, todo lo escrito no es más que el *Prólogo a una muerte*, esa muerte que atenaza al hombre y no le permite la magia de una resurrección, escupiéndole aquello de *Vuelve atrás, Lázaro* a quien lo intenta, como Ulises al volver a su Ítaca poblada de extraños que no le reconocen.

Todo cuando creaba Prieto entonces era un canto a la vida, una huída hacia delante y lo dejó escrito, sin remite y casi sin destinatario en una magistral *Carta sin tiempo*, una epístola atemporal donde conviven Amadís, Cervantes, el Greco y otras figuras porque *La metáfora inacabada* de la vida física se culmina en esa muerte de la que sólo podemos redimirnos dejando que caiga sobre nuestro espíritu *La lluvia del tiempo* salvándonos del olvido.

Ni tan siquiera la hermosa *Dolabella* supo qué era aquello de *La enfermedad del amor*, ni siquiera transitó el río de la vida (Bíos), algo que ya en sus lejanos días algunos ilustres poetas dejaron escrito en el magnífico *Libro de Boscán y Garcilaso*, ejemplo primordial de cómo el amor mueve las plumas más inspiradas de la lírica hispana.

Ellos supieron recoger el *Secretum* de Petrarca, hacerlo vida, enfrentarse en un futuro aséptico sin muerte, trascenderlo en amor y reescribirlo en cada uno de sus versos hechos *Reliquias de la llama*. Esa llama que encendió los sentimientos de *El embajador* en las cortes italianas tras la estela de un amor imposible, haciendo que lo inalcanzable, el *odi et amo* de Catulo se transforme a diario en *Una y todas las guerras*, generando para siempre lo que fue *Invención para una duda*, porque todo conocimiento lleva adherida la posibilidad del error, lo incierto de cualquier aventura, como aquella historia de Ulises y Nausicaa que Homero, *El ciego de Quíos*, nos legó para que permaneciese a través de los siglos como una *Isla Blanca* donde reinase la paz y la armonía, arcadia lejana de vejez y muerte eximida, como aquella Ogigia de la *Odisea*, algo semejante a los poemas optimistas que nos dejó en *La plaza de la memoria* un personaje tan cervantino como sus protagonistas. Porque a menudo la literatura no supone más que un poco de locura, como la que mueve *La desatada historia del caballero Palmaverde*, ese mismo autor que ahora se ha convertido en *La sombra de Horacio* porque no es capaz de admitir que el vate romano haya desaparecido para siempre. No, para siempre no desaparece nada que nazca en las entrañas y se reboce de honda cultura, ya que, como el mismo Prieto nos ha dicho en más de una ocasión, la palabra es el medio único de no morir del todo, es la mágica llave que le queda al hombre para abrir ese otro mundo en el que sólo permanecen las verdades, los sentimientos nobles y la belleza. Así nos habla en su *Libro de Boscán y Garcilaso*: “Ahora, cuando tanto de lo amado ha muerto, cuando tanta voz amiga ha sido callada y tanta belleza perdida, tengo alguna duda sobre si el tiempo, con su mudanza, no acabará con lo que ninguna guerra pudo: con nuestra fe

en la palabra. Quiero decir el tiempo transformando a las gentes, haciéndoles perder el humanismo.” (*Libro de Boscán y Garcilaso*, cap. IV, pág. 144)

Y para trascender los siglos, la fórmula empleada es nutrirse, muy hábilmente, de mitos eternos: Ulises, Nausicaa, etc... Si se acercan a esta última novela de Antonio Prieto saborearán la condensación estilística de uno de sus hallazgos más elogiados por la crítica: la fusión mítica. En esta obra, el desdoblamiento es múltiple y muy sugerente, y todo el motor de la misma es la poesía de Horacio y la amistad del autor latino que habita los días del Imperio de Augusto con una naturalidad asombrosa; hasta tal punto que nos olvidamos de encuadrar temporalmente el argumento en aquellos días lejanos o en la actualidad madrileña. La permeabilidad y el continuo juego de los tiempos está lograda con la magia de la palabra y el dominio de los recursos narrativos de todo un maestro de la escritura como es Prieto. No podemos ignorar la necesidad de Prieto de explicar el porqué último de sus novelas cuando nos dice: “—En mis cartas voy dejando la *imago uitae* que deseo transmitir a los demás sobre mí.” (*Libro de Boscán y Garcilaso*, cap. II, pág. 54)

Para comprender porqué está Antonio Prieto hoy aquí, con el doble cometido de presentarnos su última novela sobre Horacio y para hablarnos de la Fusión Mítica en la obra de Ovidio, rescatamos un fragmento de *La desatada historia del caballero Palmaverde* publicada en 1991: “—Así —comentaba el clérigo, dirigiéndose a Palmaverde— que la estancia en Salamanca no sólo os encaminó hacia lo que buscáis, sino que os llenó con los días del pasado, con lo que experimentasteis aquello que dijo Ovidio: *Omnia mutantur, nihil interit*, todo se transforma, nada perece.

Miraron Palmaverde y Loaysa al clérigo, y se miraron entre sí algo sorprendidos, porque aquella cita de Ovidio parecía exponer que el clérigo sabía algo de sus intereses y de la transformación que había sufrido Palmaverde. Pero se quedaron luego bastante tranquilos cuando fray Patricio, con su manía latina, apeló a Horacio para amonestar: —*Mors ultima linea rerum est*, la muerte es el último límite de las cosas.” (*La desatada historia del caballero Palmaverde*, cap. VI, pág. 188)

Pero, sin embargo, el poder de la palabra contrarresta eficazmente la finitud de la vida terrenal y hace que los hombres traspasen los siglos y permanezcan en la memoria colectiva, tal y como nos cuenta el autor en *La sombra de Horacio*: “Para que Roma no sólo escuchara, distrayéndose, la actuación de pantomimas y la pasión por gladiadores que morían, Mecenas estaba entregado a la vida de otra Roma que se inmortalizara no sólo en el elogio de la autocracia de Augusto sino también en el buen sonido de las elegías fúnebres de Horacio a la muerte de Varo, de Propercio a la desaparición de Marcelo, o de Cornelio u Ovidio a la muerte de Tibulo. Frente al goce efímero del presente, la poesía detenía la fugacidad del tiempo, liberaba de la muerte.” (*La sombra de Horacio*, cap. IV, pág. 64)

Para finalizar, recogemos un fragmento de esta espléndida obra en la que el autor nos deja las claves de su estilo: “Confieso que algunas tardes, falto de siesta, me transponía en mi butaca habitando tiempos compartidos e indecisos. En esas ocasiones, el rumor del silencio me inducía a reconocermé un egoísta que, a cuento de la petición de Paulo Valerio Máximo, estaba invadiendo la biografía de Horacio con mi propia vida, con la que instalaba en el discurrir del gran poeta mi vanidad de intérprete. Me consolaba pensar que tal vez fuera cumplir con la condición humana de, acercándose al límite, asirse a una vida ajena en la que proyectarse y retardar o salvar su viaje al total silencio humano. De alguna manera era conjugar el *Non omnis moriar*, no morir del todo enseñado por Horacio”. (*La sombra de Horacio*, cap. VII, pág. 107)